

so, prefiriendo el pedazo de pan otorgado por el cielo clemente, que no la hartura, si esta encadenaba la voluntad en los hierros de la agena dependencia.

III.

Durante los diez años que han trascurrido desde que por primera vez nos ocupamos del «Quijote,» lejos de apartarnos de nuestros juicios, hubimos de afirmarnos en ellos con mas hondas meditaciones.

Ni encontramos motivo bastante para contradecir el sentido genuino y literal, ni argumento que nos obligase á declararnos partidarios del contrario parecer. Seguimos, pues, entendiendo que la doctrina esotérica es nonada, imaginacion sin contrapeso, criterio sin disciplina y originalidad extravagante; en una palabra, puro fantasear por la inocente ambicion de hacer ruido y singularizarse.

Si fuera permitido al que comenta una obra de amena literatura, cual un libro científico, negar la lección directa, clara y terminante que el testo suministra, para aseverar que el autor quiso decir y hacer lo contrario de lo que ostensiblemente

te dijo é hizo; resultaria la mas monstruosa de las consecuencias; esto es, que la intencion de los que escriben no ha de juzgarse por lo que escribieron, ni medirse con la regla que deliberadamente facilitaron al exteriorizar en frases sus mas recónditos pensamientos, sino por lo que sospechó ó conjeturó muchos años y aun siglos despues de muerto el autor, el que quiso atribuirle sus propias y esclusivas elucubraciones.

No necesita Cervantes amigos de este jaez, antes bien, rechaza su amparo y un celo que involuntariamente podria perjudicarle, suscitando enconos y antipatías. Lo mismo el que le exhibe maldiciente y encubierto perseguidor del de Osuna, que el que halla en sus escritos acerados ataques al Tribunal de la Fé, ó le fantasea republicano, cometen graves faltas, sacando á plaza tan arbitrarias hipótesis que no acreditan ni los antecedentes de Cervantes, ni palabra alguna en sus escritos. La noble pluma que escribió estos hermosos versos:

Nunca voló la pluma humilde mia
Por la region satírica; bajeza
Que á infames premios y desgracias guia,

no habia de contradecirse lastimosamente vituperando, no los vicios capitales de su época, que en esto estaba en su derecho, mas las flaquezas personales de encumbrados próceres en quienes ven-gaba inmerecidos agravios y resentimientos tan le-

gítimos como imperdonables. Concediendo que Cervantes, trazando su novela, tuvo presentes instituciones que existían en vigor, para atacarlas hábil é incisivo en lo que pedía reforma ó castigo: que al imaginar las aventuras del hidalgo acordóse no solo de las extravagancias y dislates marcados en los libros de gesta, sino de los desbarros de sus contemporáneos, vistos, por ventura, en los mas eminentes; preciso es negar que profesó el credo protestante, ó que bajo la máscara quijotesca escondía la principal figura de Carlos V ó el bulto menos visible de alguno de sus contemporáneos.

Fué Cervantes profundo filósofo que llevó su autoridad por el cauce de la literatura amena, gozando de delicada sensibilidad, de razon clarísima, de gusto literario esquisito, muy superior al de los mas felices escritores de su ciclo. En el «Quijote» dió pasatiempo honesto,

Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazon en todo tiempo

Abrió con sus novelas ejemplares el sendero

Por donde la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino;

amó desde sus mas tiernos años el arte de la dulce y agradable poesía: nunca frecuentó la baja region de la sátira rastrera: ni puso su planta por donde camina la mentira, la fraude y el engaño, conservando siempre su pensamiento libre y exento de toda adulacion.

Es el «Quijote» la produccion mas subjetiva de cuantas enjendró en los límites de su poderosa y rica fantasía; ni hay en él pasage alguno, ya se le halle sério ó grotesco, ni escena que entretenga ó que promueva la melancolía, ni ocurrencia bizarra, ni pensamiento moral; ni máxima altisonante, ni sentencia oportuna; donde no palpite su ser, donde no se descubra, traspasando al conjunto unos alcances poderosos que arrancarán enérgicas resonancias, de todas las inteligencias, en todas épocas y bajo todas latitudes. Pertenece el «Quijote» no en propiedad esclusiva á la literatura de un pueblo, sino á la de todas las naciones cultas modernas, que se lo asimilaron, estableciendo los cimientos de una reputacion gigante, sobre la que pasarán en valde los siglos y las mudanzas de la voltaria fortuna. No es ya Cervantes el pobre soldado que muerto casi de hambre en el rincon de humilde casa, condujeron al último asilo los piadosos hermanos de la Orden Tercera; no el literato á quien un rey, no la España, dedica por todo galardón, mezquino y reducido monumento; mas el coloso que asienta el pedestal de su gloria sobre la tierna simpatía y el cariñoso respeto de las generaciones. Francia, Portugal, Italia, Alemania, Inglaterra, Suecia y Dinamarca, y hasta Prusia y Turquía, dispútanse el disfrute de las bellezas que hubo de regalarnos, y cuando nos decidimos á hacer algo por su memoria, descubrimos que los extrangeros se adelantaron á nuestra empresa,

aplicando por tal manera severísimo correctivo al característico abandono.

Tranquilícense los cervantistas: sabe el mundo á que atenerse, en órden al «Quijote,» y cuando un literato inglés hace una edicion de sus aventuras, para que los tiernos hijos de sus conciudadanos las conozcan y saboreen; y allá en las heladas regiones del Norte, tropieza el viajero español con quien vive entregado á profundizar la sábroza historia; cuando la fama que la acompaña es tal, que si los doctos quilatan en justicia sus méritos, los rústicos la manosean, sintiendo sus primores, y todos hallan en ella ámplios motivos de solaz apacible, bien puede tolerarse que se propalen teorías mas ó menos descabelladas, sin temor de que sufra menoscabo la valía del libro ni el renombre de su inventor egregio.

aplicando por tal manera severísimo correctivo al característico abandono.

Tranquilícense los cervantistas: sabe el mundo á que atenerse, en órden al «Quijote,» y cuando un literato inglés hace una edicion de sus aventuras, para que los tiernos hijos de sus conciudadanos las conozcan y saboreen; y allá en las heladas regiones del Norte, tropieza el viajero español con quien vive entregado á profundizar la sábroza historia; cuando la fama que la acompaña es tal, que si los doctos quilatan en justicia sus méritos, los rústicos la manosean, sintiendo sus primores, y todos hallan en ella ámplios motivos de solaz apacible, bien puede tolerarse que se propalen teorías mas ó menos descabelladas, sin temor de que sufra menoscabo la valía del libro ni el renombre de su inventor egregio.

LA CABALLERÍA ANDANTE

D. QUIJOTE.